



Córdoba, diciembre de 2018

EDITORIAL

PRESENTACIÓN DE LA SECCIÓN MONOGRÁFICA Nº 21: 68/69: *PUNTO DE INFLEXIÓN*

2018 fue un año de conmemoraciones ligadas a hitos históricos importantes que forjaron el mundo contemporáneo. Ambas tuvieron como sede la ciudad de París, donde el pasado mes de noviembre las principales potencias europeas y los Estados Unidos celebraron el centésimo aniversario del armisticio de la Primera Guerra Mundial y, en el mes de mayo, se recordaron los “50 años” de la revuelta parisina de mayo de 1968. Más allá de que el “hecho conmemorativo” podría restringirse a determinado espacio geográfico, los efectos que estos eventos produjeron superaron ampliamente los estrechos márgenes nacionales y configuraron el desenvolvimiento de lo que el historiador británico Eric Hobsbawm conceptualizó como “el corto siglo XX” (*short twentieth century*).

Para esta ocasión, desde *Astrolabio Nueva Época* se convocó a la presentación de contribuciones inéditas que examinaran distintos aspectos del proceso de conflictividad social, cultural y política que se desarrolló a finales de la década de 1960. En efecto, los movimientos contestatarios que se desarrollaron a partir de 1966 en los Estados Unidos, en Japón y en Europa occidental impulsaron la reaparición de la violencia revolucionaria en los países industrialmente desarrollados. En el caso de América Latina, desde 1959 la Revolución Cubana se había constituido en el principal factor de influencia revolucionaria, pero una incipiente revisión del proceso comenzaba a prender en una parte importante de las nuevas generaciones. A su vez, con rasgos de mayor continuidad, los jóvenes expresaban su hastío frente al autoritarismo de los aparatos estatales y la ausencia de democracia manifestada en su vida cotidiana. Otro tanto con los sinsabores de la “descolonización” ocurrida en el continente africano.

En su conjunto, 68/69, entendido como protesta y toma de la palabra, petulancia y denuncia de las viejas estructuras, también sacudió al mundo obrero, que entró en una secuencia de insubordinación. La imagen tradicional del trabajador industrial masculino, viril, calificado y adulto, fue puesta en cuestión por otras figuras



obreras: las mujeres, los inmigrantes y los trabajadores jóvenes, a menudo caracterizados como mano de obra más barata y descalificada. La irrupción de estas fracciones dominadas de la clase correspondió a la evolución estructural del capitalismo de posguerra de las décadas anteriores: crecimiento del empleo femenino, desarrollo de la inmigración hacia las metrópolis y el rejuvenecimiento demográfico relacionado a una fuerte natalidad. Mas allá de las particularidades nacionales ligadas a los sistemas de relaciones sociales y de las configuraciones políticas, la protesta obrera se desplegó en la mayoría de los países occidentales a partir de 1968, donde se registró un aumento espectacular de la conflictividad. Ciertamente, su cronología varía según los países: Francia e Italia en 1968-1971; Canadá en 1969-1970; Estados Unidos y España en 1970; Suecia y Alemania Federal en 1971-1973; Japón y Gran Bretaña en 1971-1972; Bélgica en 1970-1973; y Argentina en 1970-1973. Por lo tanto, la circulación y los modelos de insubordinación a gran escala tomaron al menos cuatro aspectos. En primer lugar, la morfología de la huelga se transformó, ampliando sus repertorios de acciones. *Grosso modo*, las prácticas obreras de protesta alcanzaron formas extremadamente elaboradas bajo la forma de “huelgas articuladas” que desorganizaban la organización fabril del trabajo. Tanto en Francia como en Italia y Argentina, las huelgas contra el rendimiento se desarrollaron a partir de 1970, en particular en la industria del automóvil, donde se denunciaban las “cadencias infernales”. Debido a ello, una segunda característica del fenómeno es que este tipo de huelgas denunciaban la organización racional del trabajo. A escala mundial el “compromiso fordista”, que hasta ese momento había regulado las relaciones sociales y económicas, explota. Las grandes huelgas de los trabajadores industriales favorecen la crítica de la división del trabajo proponiendo otro tipo de organización de la producción. Además, los obreros movilizados denuncian los modos de clasificación y las formas de reconocimiento de la calificación del trabajo. Tercer punto, en muchos países, la denuncia de la racionalización fordista alimentó la temática de la salud en los lugares de trabajo. A modo de ejemplo, el eslogan italiano “Nuestra salud no está a la venta” atravesó los Alpes y estructuró la huelga de los obreros la fábrica Penarroya de Lyon, en 1972 (Laure Pitti, 2009). Este fue el punto de partida de una lucha contra el saturnismo, exponiendo los efectos a los que eran expuestos los trabajadores metalúrgicos. Finalmente, estas huelgas revelaban la realidad industrial a la que eran sometidos las capas de obreros más marginalizados. De allí —cuarta característica— que las fracciones más dominadas de la clase obrera, los jóvenes y los inmigrantes sobre todo, se constituyeron en la “punta de lanza” de la protesta, sin detentar su



monopolio. Estos eran los contratados en masa como trabajadores no calificados en la industria del automóvil, el neumático y la electrometalurgia, donde la insubordinación fue más potente. En estos sectores se declararon “huelgas salvajes” o medidas de acción directa, ya que no demandaron el aval de las estructuras sindicales. En Italia, los “inmigrantes” provenientes del Mezzogiorno, que trabajaban en las fábricas septentrionales, se constituyeron en la base de la revuelta obrera. Igualmente en Francia, los inmigrantes de las excolonias, surgidos de las sombras de la primavera de 1968, se revelaron contra condiciones de vivienda y de trabajo muchas veces escandalosas. Esta movilización proteiforme, alimentada de una conflictividad difusa a la escala de los talleres, permitió a los obreros no calificados desafiar abiertamente la disciplina patronal.

Este tipo de huelgas suscitaron un profundo eco. Los militantes de la más variada “izquierda revolucionaria”, trotskistas y maoístas, sintiéndose más próximos a los obreros de base y menos institucionalizados, accionaban ir a las fábricas para favorecer la emergencia de estructuras no sindicales como los “comités unitarios de base” en Italia, los “comités de huelgas” en Bélgica o los “comités de acción” en Francia. En Argentina, el hecho de masas conocido como el “Cordobazo”, en mayo de 1969, cristalizó la compleja relación obrero-estudiantil que se estaba amalgamando durante estos años. Las formas adquiridas por la protesta, manifestaciones, ocupaciones de fábricas, construcción de barricadas, testimoniaban la persistencia de un modelo histórico del proceso revolucionario que, al combinarse con la aparición de una dimensión novedosa de orden cultural, ponía en cuestión la sociedad industrial y la dominación bajo cualquiera de sus formas. Las organizaciones radicalizadas surgidas durante este proceso, incluidas las organizaciones guerrilleras, recusaban las prácticas de los partidos políticos “tradicionales” y perturbaban el juego político establecido al instalar la sensación de que la “paz social” en las metrópolis podía volverse frágil.

Una abundante literatura, de desigual calidad, se consagró a este tema. Si numerosos autores pusieron el acento en el fenómeno hedonista de esta secuencia histórica, o destacaron determinados postulados como la “crisis de la juventud” como manifestación del malestar de los valores occidentales, muchos otros subrayaron el carácter de conflicto abierto que tuvo el fenómeno, caracterizado por enfrentamientos entre el Estado y sus múltiples oponentes. Como sostuvieron Xavier Vigna y Jean Vigreux (2010: 6), el proceso abierto a partir de Mayo del 68 “[...] convocó a una multiplicidad de antagonismos, que son aquellos devenidos de la pluralidad de actores:



los hombres políticos en el poder, el aparato de represión, la justicia; y frente a ellos, en una falsa simetría, los estudiantes, los asalariados en huelga, los campesinos, los artistas”.

El presente *dossier* —coordinado por Carlos Mignon y Rogelio Demarchi— justamente comprende cinco estudios inéditos, los cuales esperamos que inciten a los lectores a pensar y reflexionar sobre este tema tan fecundo. Mariana Eva Tello propone, desde una perspectiva antropológica, analizar las memorias sobre las experiencias de “lucha armada” en Argentina durante los 60 y 70. Se enfoca en ciertos constructos temporales como los de *época*, *generación* y *acontecimiento* como soportes narrativos de las memorias. Centrándose particularmente en los sucesos de mayo de 1969 conocidos como “el Cordobazo”, el artículo aborda cómo estas representaciones sincronizan la temporalidad histórica y la vivida, y los procesos de radicalización política durante el pasado reciente.

Por su parte, Adam Fishwick realiza un recorrido analítico del contenido cambiante de la política socialista y de los sectores radicalizados chilenos que convergieron en la victoria electoral de la Unidad Popular de Salvador Allende en 1970. Estos contenidos y cambios serían registrables a través de la “experiencia cotidiana” de los obreros de la industria textil. Valiéndose de los aportes de Tomás Moulian y su concepto de las ideas “en uso”, el artículo examina cómo las ideas radicales se desarrollaron y cambiaron en su interacción con los conflictos sociales de la época.

El artículo de Martín Mangiantini expone las derivas de la noción de “nueva izquierda”, estableciendo una reflexión y una polémica sobre la extensión de su utilización. En efecto, este concepto fue utilizado con sistematicidad dentro del abanico terminológico de la historiografía argentina desde los 80 para hacer referencia a ciertos agrupamientos y nociones que en los 60 y 70 englobaron al mundo de la militancia en un contexto de radicalización política e ideológica. Para ello, el autor estableció un diálogo crítico con la bibliografía pertinente a esta temática y, a su vez, la entrecruzó con determinados documentos primarios que sustentan las afirmaciones esgrimidas en este trabajo.

Con el fin de ampliar el abanico de problemáticas, Laura Maccioni propone en su artículo reconstruir las condiciones sociales de producción de las prácticas simbólicas en Cuba, entre 1968 y 1971. Asimismo, se interesa por ver de qué manera estas condiciones reguladoras de la producción simbólica fueron desafiadas *por* y *en* dos obras ocultadas por sus autores que trabajan en torno a lo indecible: *Una caja de*



zapatos vacía (1968), de Virgilio Piñera, y *El central (fundación)* (1970), de Reinaldo Arenas.

Finalmente, *last but not least*, Rogelio Demarchi analiza, a partir de una lectura crítica de su correspondencia y su obra, la postura política hacia la Revolución Cubana del escritor argentino Julio Cortázar, tras el asesinato de Ernesto “Che” Guevara en 1967.

Mediante este *dossier*, esperamos contribuir al estímulo de las investigaciones en curso o, más numerosas todavía, de todas aquellas que restan por hacerse sobre una multiplicidad de temas y problemáticas de las cuales este período ha sido tan rico.

Carlos Mignon

Referencias bibliográficas

PITTI, Laure. (2009). Du rôle des mouvements sociaux dans la prévention et la réparation des risques professionnels: le cas de Penarroya, 1971-1988. En Catherine Omnès et Laure Pitti (dir.), *Cultures du risque au travail et pratiques de prévention. La France au regard des pays voisins*, pp. 217-232. Rennes: PUR.

VIGNA, Xavier et VIGREUX, Jean. (2010). *Mai-juin 1968. Huit semaines qui ébranlèrent la France*. Dijon: Éditions Universitaires de Dijon.